

EL DEFENSOR DEL OBRERO

GLOSARIO

El paraíso ruso

El soberbio y tirano régimen zarista vino abajo, en muy pocas horas. Los banquetes y las festuosas fiestas del Palacio de Invierno pasaron como ráfagas de aire. Los oropeles de la corte cayeron al suelo y perdieron sus destellos de pedrería y falsedad...

Se alzó la voz potente y llena de ira contra el autócrata, esclavizador de vidas y subyugador de territorios.

Y venció. El altivo rodó de su pedestal de oro; las turbas saquearon el templo y el Palacio de Invierno era en pocas horas desvalijado.

Rusia, la poderosa y soberbia, la que un día arrebató a Polonia su independencia y prohibió a sus habitantes hablar su idioma honroso y rico y castigaba con los sufrimientos horribles de las estepas siberianas al polaco que invocaba el nombre de Dios, y que cambió cruelmente el nombre de Polonia por el de Gobierno de Vistula y destruyó sus museos y a toda costa quiso destruir el alma de Polonia, se revuelve hoy en convulsiones fatídicas que la ahogan con brazos potentes en medio de la danza grotesca del mujik.

Desesperación

Pero la turbamulta, después del certero golpe, no supo contenerse. Ebríos de sangre aún continuaron sus saqueos. ¿Leos? ¿No tenéis ya bastante? ¿No conseguisteis vuestro objeto?

Y surgió un nuevo régimen tirano; aún más que el poco antes habían derribado; y aparecieron dos dictadores: Lenin y Trotzky.

Sus rivalidades pronto se hicieron sentir entre los campesinos.

Lenin, antimilitarista porque comprendía los enormes e inútiles gastos que trae consigo el sos-

tenimiento de un ejército, tiene que pelear contra Trotzky amparado en la fuerza de las bayonetas de los cosacos.

Surge la pelea entre los campesinos y los soldados, entre el Gobierno de los campesinos y el Gobierno absolutista de los soldados.

Y mientras, los campos permanecen yermos; las fábricas, cerradas; los hornos, apagados; la enorme riqueza de hierro, oro, plata, platino, piedras preciosas, cobre y mercurio de los Montes Urales, sin explotarse; las ricas minas de hulla del Don y los pozos de petróleo de Bakú, se arrastran hacia ya muchísimo tiempo. Los hombres se emplearon en la guerra y hubieron de abandonar todo. Y he aquí que cuando se quieren dar cuenta, ya el hambre ha causado sus estragos...

Cólera, hambre y desolación

La epidemia diexa a las tropas. Los caminos están llenos de cadáveres. Antes de salir de las aldeas, los campesinos queman sus casas... Los campesinos invaden el Kremlin creyendo existe aún dinero. Moscú está amenazada con la invasión de cuatro millones de hambrientos que se abren paso a tiro seco.

El cólera ataca al 95 por 100 de las poblaciones, los rusos mueren sin asistencia facultativa, pues no hay ni médicos que cobren a los enfermos, ni medicinas, ni alimentos.

El pueblo huye amedrentado hacia Oriente. Según algunos fugitivos, en Rusia reina el terror, y los comisarios del pueblo, se pretexta de reprimir una conspiración, practican militares de detenciones y cometen todo género de violencias.

Se registran numerosos combates entre los famélicos y las tropas que en vano procuran contener la emigración colosal y desesperada.

Según un telegrama de Reval, hay camino de Moscú cuatro millones de atacados del cólera a quienes la Peste recoge en las estepas...

El pueblo vive en continuos alaridos y sobresaltos que el Gobierno reprime, ¡oh asresmol, con procedimientos despiadados, crueles, tiranos...

Y Trotzky y Lenin, aterrados ante su obra por no haberse dejado conducir, se esconden o se recluyen en un sanatorio a pretexto de una enfermedad corroeiva.

La enfermedad de la conciencia que acaba con las vidas de los que no pueden soportar el enorme peso de sus crímenes y responsabilidades.

MANUEL ROJAS ESPINOSA

Estudios Sociales

LA VIDA DEL OBRERO

Nadie tan capaz de agregar leña a las hogueras del odio, que ahora arden en los corazones proletarios de todo el mundo, como saber que su salud y su vida no son defendidas con el mismo celo, con igual entusiasmo que las de los ricos.

Los médicos que, pese a las burlescas estrofas de Moliere o estilo Quevedo son los hombres que más saben del alma de las gentes, conocen bien los incendios de ira cegadora que hace brotar la social demagogia y la hipocresía de la caridad oficial y privada.

Suponed unos de esos casos de tragedia en que el clínico se ve obligado a pronunciar palabras análogas a estas:

— ¡La única probabilidad de curación, salvación, es el remedio A o el recurso B!

Y la familia sufre la tortura de decir: ¡Sí! pero nosotros no podemos soportar el gasto que supone.

Quien no haya pasado por trances tales, no alcanzará a figurarse ni remotamente la desolación

interior, la rabia de quien ve que se pierde la vida amada por falta de dinero, por pobreza.

Nada, en cambio, desarma, endulza y suaviza como sentir que la propia salud preocupa desinteresadamente a los demás.

Los médicos hacen por la paz social más que ningún otro género de profesionales. En Marruecos y en Argelia las grandes batallas las ganan siempre los médicos de los Dispensarios indígenas.

Por salvaje, por artico, por espartano, que se suponga a un hombre, puede tenerse la seguridad de que se le calmará, si hay quien manifieste solicitud por sus padecimientos por sus dolores.

Las Hermanas de la Caridad de los hospitales, poseen acerca de esto largas experiencias. Voluntades indómitas, sectarias, acabaron por perfilarse ante la dureza hercúlea de serenidad y abnegación de la religiosa.

Es, pues, buena táctica social fomentar las instituciones destinadas a velar por la salud de los pobres, de los obreros, de los proletarios, como un bálsamo, como un arco iris promesa de paz y reconciliación.

En los países auténticamente civilizados así lo entienden y ante los ojos, sobre la mesa del trabajo, tenemos un artículo de Florence Swift, dedicado a estudiar el papel de enfermera en la industria de los Estados Unidos. La enfermera representa una garantía para la salud y la vida del obrero. Cuida del cumplimiento de las precauciones higiénicas, presta los primeros socorros en caso de accidentes, vigila la existencia de enfermedades latentes, visita los obreros enfermos, para ocuparse de sus condiciones de vida, etc., etc., anota en fin al médico.

Y el obrero que se siente cuidado, vigilado, va dejándose guiar por la ternura, siendo mucho menor el número de conflictos sociales de las fábricas con enfermeras que las que carecen de ellas.

¿Servirá de ejemplo?

Dr. César Juarros